

Karl Kautsky

La historia de la pasión de Cristo *

Hay en verdad pocas cosas que puedan señalarse en los evangelios, con un cierto grado de admisibilidad, como hechos reales de la vida de Cristo: su nacimiento y muerte; dos hechos que, en verdad, si pudieran ser probados, demostrarían que Jesús vivió en realidad y no fue meramente una figura mítica, pero que no arrojan luz alguna sobre los elementos más importantes de una personalidad histórica: las *actividades* de esta persona entre el nacimiento y la muerte. El conglomerado de máximas morales y hechos milagrosos ofrecidos por los evangelios, como un informe de estas actividades, está lleno de materiales imposibles y obviamente inventados, y tiene tan poco que pueda apoyarse en otras evidencias, que no puede usarse como una fuente.

No muy diferente es el caso en lo que respecta al testimonio del nacimiento y muerte de Cristo. Sin embargo, tenemos aquí unas pocas indicaciones de que un núcleo real de hechos se halla oculto bajo el conjunto de invenciones. Podemos inferir la existencia de algunos hechos básicos, aunque sólo sea de la circunstancia de que estos relatos contienen observaciones que son extremadamente embarazosas para el cristianismo, y que de seguro no ha inventado éste, sino que eran evidentemente demasiado bien conocidas y aceptadas entre sus partidarios para permitir a los autores de los evangelios el sustituirlas por

* El texto corresponde al capítulo 12 de la obra de Karl Kautsky “Orígenes y fundamentos del cristianismo”, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1974

sus propias invenciones, cosa que, en otros casos, hacían con frecuencia y sin titubeo.

Uno de estos hechos es el origen galileo de Jesús, que era muy inconveniente en vista de su pretensión de ser un mesías descendiente de David. Porque el mesías debía venir de la ciudad de David. Hemos visto qué subterfugios tan peculiares se requirieron a fin de relacionar al galileo con esta ciudad. Si Jesús hubiese sido un simple producto de la imaginación de alguna comunidad con una exagerada visión mesiánica, semejante comunidad nunca hubiera pensado en hacer de él un galileo. Por consiguiente, podemos aceptar, al menos, su origen galileo, y con ello su existencia, como extremadamente probable. También podemos aceptar su muerte en cruz. Hemos visto que los evangelios todavía contienen pasajes que nos permiten suponer que Jesús había planeado una insurrección por el uso de la fuerza y que había sido crucificado por ese intento. Esto también es una situación tan embarazosa, que difícilmente puede basarse en una invención. Está en contraste demasiado agudo con el espíritu prevaleciente en el cristianismo, en la época en que empezaba a reflexionar sobre su pasado y a registrar la historia de su origen, no —recuérdese— con fines históricos, sino con propósitos de polémica y propaganda.

La muerte misma del mesías por la crucifixión era una idea tan extraña al pensamiento judaico —que siempre representó al mesías con el esplendor de un héroe victorioso— que sólo un hecho real, el martirio del campeón de la buena causa, que produjera una impresión indeleble en sus partidarios, podía haber creado el ambiente propicio para la idea del mesías crucificado.

Cuando los cristianos paganos aceptaron la tradición de esta crucifixión, pronto descubrieron que ello tenía un lastre: la tradición declaraba que los romanos habían crucificado a Jesús como un mesías judío, un rey de los judíos; en otras palabras,

un campeón de la independencia judía, un traidor al gobierno romano. Después de la caída de Jerusalén, esta tradición se hizo doblemente desconcertante. El cristianismo estaba ahora en abierta oposición a los judíos y deseaba estar en buenas relaciones con las autoridades romanas. Era necesario, ahora, mutilar la tradición de tal manera que desviase la responsabilidad de la crucifixión de Cristo, de los hombros de los romanos a los de los judíos, y limpiar a Cristo no sólo de toda apariencia de uso de la fuerza, sino también de toda expresión de ideas pro-judaicas, antirromanas. Pero como los evangelistas eran tan ignorantes como la gran masa de las clases inferiores de aquellos días, produjeron, en su retoque del cuadro original, las más extraordinarias mezclas de colores.

Probablemente en ningún lugar de los evangelios podemos encontrar más contradicciones y absurdos que en la parte que, durante cerca de dos mil años, ha hecho siempre la más profunda impresión en el mundo cristiano y estimulado su imaginación en la forma más poderosa. Probablemente ningún otro asunto ha sido pintado con tanta frecuencia como los sufrimientos y la muerte de Cristo. Sin embargo, este cuento no resistiría una investigación seria, y es un conjunto de las más antiestéticas y vulgares invenciones. Fue únicamente la fuerza de la costumbre la causa de que hasta los espíritus más refinados de la cristiandad permanecieran obtusos a las increíbles interpolaciones hechas por los autores de los evangelios, de modo que los elementos patéticos envueltos en la crucifixión de Jesús, lo mismo que en cualquier martirio por una gran causa, tuvieron sus efectos a pesar de esta masa de detalles e impartieron una aureola de lo más brillante hasta a los elementos más ridículos y absurdos de la leyenda.

La historia de la pasión empieza con la entrada de Jesús en Jerusalén. Esta es una procesión regia triunfante. La población sale a saludarlo, algunos extienden sus vestidos ante él, en el camino; otros cortan ramas de los árboles a fin de batirlas a su

paso, y todos lo aclaman con júbilo: «¡Hosanna! (socórrenos). Bendito el que viene en nombre del Señor. Bendito el reino de nuestro padre David que viene» (Mc 11, 9).

Así eran recibidos los reyes por los judíos (compárese con Re 9, 13, referente a Jehú). El pueblo está con Jesús; solamente la aristocracia y la burguesía, «los sumos sacerdotes y los escribas», le son hostiles. Jesús se comporta como un dictador. Tiene poder suficiente para expulsar del templo a los vendedores y banqueros, sin encontrar la más ligera resistencia. Parece tener el control más absoluto de esta ciudadela del judaísmo.

Por supuesto que ésta es una ligera exageración de parte del evangelista. Si Jesús hubiese tenido alguna vez semejante poder, no habría dejado de atraer considerablemente la atención. Un autor como Josefo, que relata los detalles más insignificantes, de seguro hubiera tenido algo que decir sobre el asunto. Además, ni aun los elementos proletarios de Jerusalén, los celotes, por ejemplo, fueron alguna vez lo suficientemente fuertes para gobernar a la ciudad sin oposición. Siempre encontraban resistencia. Si Jesús hubiese tratado de entrar en Jerusalén y de purificar el templo contra la oposición de los saduceos y fariseos, habría necesitado librar primero una batalla victoriosa en las calles. Semejantes luchas callejeras entre las varias facciones judaicas eran en aquel tiempo sucesos de todos los días. Es digno de notar, sin embargo, en el relato de su entrada, que a la población se la presenta aclamando a Jesús como el que trae «el reino de nuestro padre David», en otras palabras, como el restaurador del reino judaico. Esto muestra a Jesús no sólo como un oponente a las clases gobernantes, entre los judíos, sino también como oponiéndose a las clases gobernantes de los romanos. Esta hostilidad no es seguramente el producto de una imaginación cristiana, sino de la realidad judía.

Ahora siguen, en el informe de los evangelios, los sucesos que ya hemos tratado: la orden de que los discípulos obtengan

armas, la traición de Judas, el conflicto armado en el monte de los olivos. Ya hemos visto que éstos son residuos de una antigua tradición, que posteriormente no parecieron ya apropiados y fueron retocados para hacerlos de un tono más pacífico y sumiso. Jesús es hecho prisionero, conducido al palacio del sumo sacerdote y allí juzgado (Mc 14, 55-64).

¡Verdaderamente que éste es un procedimiento judicial notable! El tribunal se reúne inmediatamente después del arresto del prisionero, la misma noche, y no en el lugar de los tribunales, que estaba probablemente en el monte del templo,¹ sino ¡en el palacio del sumo sacerdote! Qué pensaríamos en Alemania de la veracidad de la relación de un juicio por alta traición, en la que apareciera que el tribunal se reunía ¡en el palacio real de Berlín! Aparecen testigos falsos contra Jesús, pero a pesar de que nadie les pregunta, y de que Jesús no contesta a las acusaciones, ellos no aducen nada que inculpe a Jesús. El es el primero en inculparse declarando que es el mesías. ¿Para qué todo este aparato de testigos falsos, si esta confesión es suficiente para condenar a Jesús? Su objeto es solamente demostrar la perversidad de los judíos. De inmediato se impone la pena de muerte. Esta es una violación de los ordenamientos establecidos, a los cuales los judíos de aquel tiempo prestaban muy cuidadosa atención. Sólo una sentencia absolutoria podía pronunciarse por la corte sin dilación; una sentencia condenatoria podía dictarse solamente al día siguiente del juicio. ¿Pero tenía el consejo, en aquel tiempo, el derecho de imponer sentencia de muerte? El sanedrín dice: cuarenta años antes de la destrucción del templo, Israel fue despojada del derecho de pronunciar sentencia de vida y muerte». Vemos confirmado esto en el hecho de que el consejo no ejecuta el castigo de Jesús, sino que lo entrega, después de haberlo juzgado, para ser juzgado de nuevo por Pilato, esta vez bajo la acusación de

¹ Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes* II, 211.

alta traición a los romanos, bajo la acusación de que Jesús había intentado hacerse rey de los judíos y libertar así a Judea del dominio romano. ¡Una acusación excelente para ser hecha por una corte de patriotas judíos! Es bastante posible, sin embargo, que el consejo tuviese el derecho de pronunciar sentencias de muerte que requiriesen la aprobación del procurador para su ejecución.

¿Qué curso toma el proceso ante el potentado romano?

Pilato le preguntó: ¿Eres tú el rey de los judíos? Y él le dijo: Tú lo dices. Y los príncipes de los sacerdotes le acusaban. Y le preguntó otra vez Pilato: ¿No respondes algo? Mira de cuántas cosas te acusan. Mas Jesús no respondió; de modo que Pilato se maravillaba. Empero en el día de la fiesta les soltaba un preso, cualquiera que pidiesen. Y había uno, que se llamaba Barrabás, preso con sus compañeros de motín, que habían hecho muerte en una revuelta. Y viniendo la multitud, comenzó a pedir hiciese como siempre les había hecho. Y Pilato les respondió, diciendo: ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos? Porque conocía que por envidia le habían entregado los príncipes de los sacerdotes. Mas los príncipes de los sacerdotes incitaron a la multitud, que les soltase antes a Barrabás. Y respondiendo Pilato, les dice otra vez: ¿Qué queréis que haga del que llamáis rey de los judíos? Y ellos volvieron a dar voces: Crucifícale. Mas Pilato les decía: ¿Pues que mal ha hecho? Y ellos daban más voces: Crucifícale. Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado (Mc 15, 2-15).

En Mateo, Pilato va hasta el extremo de lavarse las manos en presencia de la multitud y declarar: «Soy inocente de la sangre de este justo. Y respondió todo el pueblo: Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mt 27, 24-25). Lucas, sin embargo, no nos dice que el consejo condenase a muerte a Jesús; el consejo simplemente denunció a Jesús ante Pilato (Lc 23, 1-5).

Lucas es probablemente el que más se acerca a la verdad. Aquí Jesús es acusado de traición, en presencia de Pilato, y con valeroso orgullo no niega su culpa. Al ser preguntado por Pilato si él es el rey de los judíos, es decir, su caudillo en la lucha por la independencia, Jesús declara: «Tú lo has dicho». El evangelio de san Juan se percata de lo embarazoso que sería retener este residuo del patriotismo judío y, por consiguiente, hace contestar a Jesús: «Mi reino no es de este mundo», lo que quiere decir: si hubiese sido de este mundo, mis subordinados habrían peleado. El evangelio de san Juan es el más moderno; por lo tanto, pasó mucho tiempo antes de que los escritores cristianos se decidieran a falsear así los hechos originales.

El caso ante Pilato estaba muy claro. Como representante del poder romano, estaba simplemente cumpliendo con su deber al hacer que fuese ejecutado el rebelde Jesús. Pero la gran masa de los judíos no tenía el más ligero motivo para indignarse ante un hombre que no quería nada con el dominio romano y que los exhortaba a que rehusaran el pago de impuestos al emperador. Si Jesús realmente hizo eso, estaba actuando de completo acuerdo con el espíritu del celotismo, que entonces dominaba en la población de Jerusalén.

Se sigue, consiguientemente, de la naturaleza del caso, si admitimos que la acusación en el evangelio es verdad; que los judíos simpatizaban con Jesús, mientras que Pilato estaba obligado a condenarlo.

¿Pero cuál es la relación en los evangelios? Pilato no encuentra la más ligera culpabilidad en Jesús, aunque éste admite semejante culpabilidad. El gobernador declara una y otra vez la inocencia del acusado, y pregunta qué mal ha hecho este hombre.

Esto solo sería curioso. Pero aún más peculiar es el hecho de que aunque Pilato no reconoce la culpabilidad de Jesús, a pesar

de eso no le absuelve. Sucedió algunas veces que el procurador encontraba algún caso político demasiado complicado para ser juzgado por él. Pero es inaudito que uno de los funcionarios del emperador buscara la solución del problema preguntando a las *masas del pueblo* qué debía hacerse con el acusado. Si prefería no pronunciar sentencia en caso de alta traición, tendría que enviar al acusado a Roma, al emperador. El procurador Antonio Félix (52-60 d. C.), por ejemplo, procedió de ese modo. Indujo al jefe de los celotes de Jerusalén, el capitán de bandidos Eleazar, que había assolado a la comarca durante veinte años, a presentarse ante él, prometiéndole salvoconducto, y entonces lo hizo prisionero y lo envió a Roma, además de crucificar a muchos de sus partidarios.

Pilato pudo así haber enviado a Jesús a Roma. Pero Mateo le asigna a Pilato un papel mucho más ridículo: un juez romano, un representante del emperador Tiberio, señor de vida y muerte, pide una reunión popular en Jerusalén que le permita absolver a un prisionero, y ante la negativa del pueblo, contesta: «¡Bien, matadle, yo soy inocente de su sangre!». Pero nada podría contradecir con más violencia la calidad histórica de Pilato que la clemencia sugerida en los evangelios. Agripa I, en una carta a Filón, llama a Pilato «un carácter inexorable y cruelmente severo», y lo acusa de «corrupción, soborno, violencia, robo, maltrato, insultos, *continuas ejecuciones sin sentencia*, crueldades intolerables e interminables». Su severidad y crueldad produjeron tan terribles condiciones, que hasta el gobierno central de Roma se disgustó y lo llamó (36 d. C.).

¡Y se nos pide creer que este hombre fuera excepcionalmente justo y bondadoso en el caso de Jesús, del proletario sedicioso, además de mostrar un grado de consideración por los deseos del pueblo, que fue de resultado fatal para el acusado!

Los evangelistas eran demasiado ignorantes para notar estas

objeciones. Pero seguramente sintieron que estaban asignándole un papel peculiar al gobernador romano. Por consiguiente, buscaron una causa que hiciera más admisible este papel: informan que Pilato estaba acostumbrado a libertar a un prisionero en la pascua, a petición de los judíos, y que cuando ofreció libertar a Jesús contestaron: «¡No, preferimos al asesino Barrabás!».

En primer lugar, es curioso que semejante costumbre no se mencione en ningún lugar, excepto en los evangelios; tal costumbre sería contraria a la práctica romana, que no daba a los gobernadores el derecho de perdón. Y es contrario a cualquier práctica legal ordenada asignar el derecho de perdón a un populacho accidental, más bien que a un cuerpo responsable. Solamente los teólogos podían aceptar semejantes condiciones legales por su valor literal. Pero aun prescindiendo de esto, aun si aceptamos el derecho de perdón tan peculiarmente asignado al populacho judío que transitaba frente a la casa del procurador, no obstante tenemos que preguntar: ¿qué relación hay entre esta práctica y el caso presente?

Jesús no había sido sentenciado legalmente. Poncio Pilato se enfrenta con este problema: ¿Es o no culpable Jesús de alta traición? ¿Lo sentenciaré o no? Y contesta con la pregunta: ¿Haréis o no uso de vuestro derecho de perdón en su favor? Pilatos, en lugar de pronunciar sentencia, ¡apela al perdón! Si considera a Jesús inocente, ¿no tiene el derecho a absolverlo? Pero esto supone un nuevo absurdo. Se les supone a los judíos el derecho de perdón. ¿Cómo ejercitan este derecho? ¿Se contentan con pedir que sea libertado Barrabás? No, ¡exigen también que Jesús sea crucificado! Los evangelistas aparentemente deducen que el derecho de perdonar a uno implica el derecho de condenar a otro.

Esta práctica judicial insana es igualada por una práctica política no menos insana.

Los evangelistas nos pintan un populacho que odia a Jesús en tal grado que prefiere perdonar a un asesino antes que a él; el lector se servirá recordar, un *asesino* —no había ningún otro sujeto más digno de clemencia—, y no se satisface hasta que Jesús es conducido a la crucifixión. Recuérdese que éste es el mismo populacho que ayer lo saludó como a un rey con gritos de hosanna, extendió las vestiduras a su paso y lo aclamó jubilosamente, sin la más ligera voz de oposición. Y fue esta devoción de parte del populacho la que constituyó —de acuerdo con los evangelios— la causa del deseo de los aristócratas de quitarle la vida a Jesús, así como evitó cualquier intento de arrestarlo de día, haciéndoles escoger la noche. Y ahora este mismo populacho aparece igualmente unánime en su odio fiero y fanático contra él, contra el hombre acusado de un crimen que le haría digno del más alto respeto ante los ojos de cualquier patriota judío: el tratar de libertar a la comunidad judaica del dominio extranjero.

¿Ha ocurrido algo que justifique esta asombrosa transformación mental? Los más poderosos motivos serían necesarios como una explicación de semejante cambio. Los evangelistas simplemente emiten, si acaso, unas cuantas frases incoherentes y ridículas. Lucas y Juan no exponen motivos; Marcos dice: «los sumos sacerdotes incitaron a la multitud contra Jesús»; Mateo: «ellos persuadieron a la multitud». Estas frases demuestran meramente que los escritores cristianos habían perdido hasta el último residuo de su sentido y conocimiento políticos. Ni al populacho de menos inteligencia puede llevarse a un odio fanático sin algún motivo. Este motivo puede ser tonto o ruin, pero tiene que haber un motivo. En los evangelios, el populacho judío excede, en su estúpida villanía, al más perverso e idiota villano de melodrama. Porque, sin la más ligera razón, sin el más ligero motivo, clama por la sangre de quien veneraba el día anterior.

El asunto resulta todavía más estúpido cuando considera-

mos las condiciones políticas de aquel tiempo. Distinguiéndose de casi todas las otras partes del imperio romano, la comunidad judaica tenía una vida política particularmente activa, llegando a los más altos extremos en todas las oposiciones sociales y políticas. Los partidos políticos estaban bien organizados, no eran de ningún modo multitudes incontrolables. Las clases más bajas de Jerusalén habían sido imbuidas completamente en el celotismo, y estaban en constante choque con los saduceos y fariseos, y llenos del odio más salvaje contra los romanos. Sus mejores aliados eran los rebeldes galileos. Aun cuando los saduceos y los fariseos hubiesen logrado incitar a una cierta parte del pueblo contra Jesús, posiblemente no habrían podido llevar a cabo una demostración popular unánime, sino cuando más un sangriento combate en las calles. No hay nada más ridículo que la idea de que los celotes lanzaran gritos salvajes, no contra los romanos y aristócratas, sino contra el rebelde acusado, cuya ejecución obtuvieron, por la fuerza, del «resbaladizo» gobernador romano, a pesar de la extraña simpatía del gobernador por el traidor.

Nadie inventó nunca una cosa más excesivamente pueril. Pero con este esfuerzo para representar al sangriento tirano Pilato como un inocente corderillo, y para representar la depravación nativa de los judíos, como responsable de la crucifixión del inofensivo y pacífico mecías, el genio de los evangelistas se agota completamente. La corriente de su inventiva se seca por unos instantes y la historia original asoma de nuevo, al menos por un momento: después de ser condenado, Jesús es escarnecido y maltratado, pero no por los judíos, sino por los soldados del mismo Pilato que acaba de declararlo inocente. Pilato hace ahora que sus soldados no sólo crucifiquen a Jesús, sino que primero lo azoten y se burlen de él como rey de los judíos; es coronado con una corona de espinas, un manto de púrpura le es echado encima, los soldados se hincan de rodillas ante él, y de nuevo le golpean en la cabeza y le escupen. Final-

mente colocan sobre su cruz la inscripción «Jesús, rey de los judíos».

Esto descubre de nuevo la naturaleza original del desenlace. De nuevo los romanos aparecen como los enemigos más crueles de Jesús, y la causa de sus burlas, lo mismo que de su odio, es su alta traición, su pretensión de ser rey de los judíos, su esfuerzo para sacudir el yugo romano.

Desgraciadamente, la verdad desnuda no continúa en pie por mucho tiempo. Jesús muere, y es necesario ahora aportar pruebas, en la forma de una serie de violentos efectos teatrales, de que un dios ha muerto.

Mas Jesús, habiendo otra vez exclamado con grande voz, entregó el espíritu. Y el velo del templo se rompió en dos, de arriba a abajo: y la tierra tembló, y las piedras se hendieron; y abriéronse los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y salidos de los sepulcros después de su resurrección vinieron a la ciudad santa y se aparecieron a muchos (Mt 27, 50-53).

Los evangelistas no dicen lo que los «santos» resucitados realizaron en su paseo colectivo a Jerusalén y después del mismo; si permanecieron vivos o si debidamente se volvieron a sus tumbas. En cualquier caso uno esperaría que tan extraordinario suceso habría hecho una profunda impresión en todos los testigos presenciales y habría convencido a todos de la divinidad de Jesús, pero los judíos permanecieron todavía obstinados; otra vez son los romanos únicamente los que reconocen la divinidad:

Y el centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas, temieron en gran manera, diciendo: Verdaderamente éste era hijo de Dios (Mt 27, 54).

Pero los sumos sacerdotes y los fariseos, por otro lado, todavía declaran que Jesús era un impostor (27, 63), y cuando es resuci-

tado de entre los muertos, el único efecto es que los testigos romanos se hagan más ricos por el soborno que ya hemos mencionado, en pago de su declaración de que el milagro es una impostura. Así, al final de la historia de la pasión, el soborno judío transforma a los honrados soldados romanos en instrumentos de la traición y de la infamia judías, las cuales habían demostrado odio diabólico al combatir la más sublime clemencia divina.

En todo este cuento, la tendencia del servilismo hacia los romanos y del odio a los judíos se expone tan compactamente y se expresa en tal acumulación de monstruosidades, que uno piensa que no podría tener la más ligera influencia en personas inteligentes, y, sin embargo, sabemos que esta invención surtió muy buen efecto. Este relato, aumentado por el halo de divinidad, ennoblecido por el martirio del orgulloso proclamador de una elevada misión, fue por muchos siglos uno de los mejores medios de levantar odio y desprecio hacia los judíos, hasta en los espíritus más benévolos de la cristiandad; porque el judaísmo no significaba nada para ellos y se mantuvieron apartados de él; infamaron a los judíos como la escoria de la humanidad, como una raza dotada por la naturaleza con la más perversa malicia y obstinación, que debe permanecer separada de toda la sociedad humana y dominada con mano de hierro.

Pero habría sido imposible obtener una aprobación general de esta actitud hacia los judíos si no hubiese surgido en tiempos de una persecución y odio universal contra los judíos. Surgiendo en una época en que los judíos eran proscritos, agravó enormemente esta situación, prolongó su duración, amplió su esfera.

Lo que conocemos como relato de la pasión de nuestro Señor Jesucristo es en realidad un incidente en la historia de los sufrimientos del pueblo judío. ■